

EL ESPECTADOR

FUNDADO EN MEDELLÍN EN 1887 POR FIDEL CANO

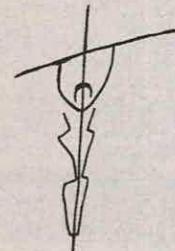
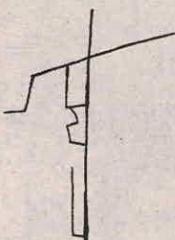
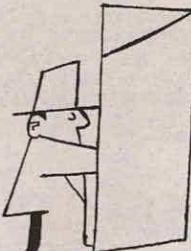
El Espectador trabajará en bien de la patria con criterio liberal y en bien de los principios liberales con criterio patriótico. **Fidel Cano**

Gerente **Eduardo Garcés López** Director **Fidel Cano Correa**

Consejo Editorial

Presidente **Gonzalo Córdoba Mallarino**

Pilar Reyes, Héctor Abad Faciolince, Ramiro Bejarano, Armando Montenegro.

Editor General **Jorge Cardona**Vicepresidente Comercial Caracol Unidad de Medios **Mauricio Umaña Blanche**


Opinión

Directores: **Fidel Cano Gutiérrez**: 1887 - 1919. **Luis Cano**: 1919 - 1949. **Gabriel Cano** 1919 - 1923. (Medellín) y 1949 - 1958. **Guillermo Cano**: 1952 - 1986. **Juan Guillermo y Fernando Cano**: 1986 - 1997. **Rodrigo Pardo**: 1998 - 1999. **Carlos Lleras de la Fuente**: 1999 - 2002. **Ricardo Santamaría**: 2003. **Fidel Cano Correa**: 2004 fidelcano@el espectador.com

El Espectador. Editado por Comunican S.A. ©. Miembro: SIP, WAN, IPI y AMI
© Comunican S.A. 2018. Todos los derechos reservados.
ISSN 0122-2856. Año CXXX. www.el espectador.com

El país es más que los extremos

LA PRIMERA ELECCIÓN DESPUÉS del final del conflicto armado terminó en una decisión en los extremos del espectro político. Ahora que triunfaron dos propuestas de país radicalmente opuestas entre sí, y que construyeron sus campañas apostándole a la polarización, nuestro llamado es a que los opcionados para llegar a la Presidencia escuchen también a esos otros millones de colombianos que quieren consensos, construir sobre lo construido y dejar tanto conflicto.

La tentación es evidente. Iván Duque y Gustavo Petro pueden usarse mutuamente para atizar los miedos. Lo vimos en primera vuelta, cuando hubo estrategias para pintar al oponente como lo peor de lo peor. El problema es que en la mitad queda golpeado el país.

Ayer, Colombia también les envió un mensaje claro a los punteros: hay una ciudadanía en ese amplio centro, representado por todos los candidatos derrotados, tan grande como la que ellos representan. En particular la votación de Sergio Fajardo y Claudia López, que se propuso como un llamado a la reconciliación y se quedó a un par de puntos porcentuales de la segunda vuelta, debe servir como advertencia. Creemos firmemente que al país le irá mejor si en estas tres semanas de

elección buscamos la construcción de consensos.

No se trata, por supuesto, de crear artificiosamente acuerdos donde no los hay. Tanto Duque como Petro tienen visiones opuestas de país y representan a millones de compatriotas a quienes deben cumplir sus promesas. Pero no deben olvidar que una vez llegue alguno a la Casa de Nariño será el presidente de todos los colombianos.

Necesitamos una campaña a la segunda vuelta que sea ejemplar. Resistir los cantos de sirena que invitan a promover el miedo y centrarse en las propuestas puntuales. Abandonar la estigmatización. Promover que se vea la diferencia política como lo que es: un desacuerdo, no un crimen. Si no empezamos a sembrar las semillas de la reconciliación en estas tres semanas, nos

“Nuestro llamado es a que los opcionados para llegar a la Presidencia escuchen también a esos otros millones de colombianos que quieren consensos, construir sobre lo construido y dejar tanto conflicto”.

esperarán cuatro años conflictivos que pueden hacer muchísimo daño. No dejemos por fuera los matices de un país variopinto como el que se expresó ayer.

Hay, por lo demás, motivos para celebrar sobre lo que ocurrió en esta elección, para sentir que Colombia no está tan mal como históricamente la percibimos.

Para empezar, no hubo ni un solo puesto de votación que tuviera que ser reubicado por razones de orden público. Tampoco se registraron actos violentos y nos quedó una postal para la historia: los líderes de la FARC ejerciendo su papel en la democracia. No nos permitamos olvidar el largo camino recorrido y las épocas en que cada elección estaba empañada por el miedo al terrorismo.

Además, dimos un golpe a la abstención. Sí, todavía nos falta y mucho, pero el 53 % de los colombianos le apostaron a la democracia. El resultado es evidente: se vencieron las maquinarias y la politiquería; se hizo ley el voto por convicción, independientemente de a cuál ideología pertenezca. Así es como debe ser. Así se puede construir una mejor Colombia. El reto, ahora, es que en la segunda vuelta se repita la afluencia de votantes.

Quedan tres semanas intensas. Candidatos, por favor, piensen en el país.

¿Está en desacuerdo con este editorial? Envíe su antieditorial de 500 palabras a yosoyespectador@gmail.com

Colombia y la OCDE

SALOMÓN KALMANOVITZ



LA ORGANIZACIÓN PARA LA COOPERACIÓN y el Desarrollo Económico (OCDE) cuenta con 36 países miembros y se encarga de emitir directrices sobre las mejores prácticas en materia económica, laboral, medioambiental, tributaria y medidas contra la corrupción y para el buen gobierno de las empresas públicas y privadas. Hace también análisis del comportamiento del grupo y de cada uno de sus miembros. Colombia es el socio 37 y el más pobre en términos de ingreso por habitante, después de México y Chile.

Las directrices emanadas de la OCDE no son de obligatorio cumplimiento, a pesar de las reservas de los profetas del desastre que advierten que está en juego nuestra soberanía. Ellos temen que "se imponga el pensamiento económico dominante sobre las finanzas sanas", a favor de las finanzas enfermizas, me imagino. Las directrices si constituyen una presión por el lado de los argumentos y de la autoridad moral de países serios a favor de políticas que contribu-

yan al desarrollo incluyente. Por ejemplo, las medidas de protección a la actividad sindical han sido acogidas por el Gobierno colombiano, gracias a las prácticas que defiende la OCDE, después de que fuera tan vulnerada durante la era Uribe.

Con relación al medio ambiente, el impuesto a las bolsas plásticas y el que recae sobre el carbono en Colombia, que han contribuido a protegerlo, fueron resultado de una de estas directrices. Atendiendo a la regulación de la competencia, la mayor independencia de las superintendencias con períodos fijos de cuatro años para sus titulares le pude dar más dientes a su vigilancia, aunque a veces defiendan a los oligopólios contra los consumidores.

El promedio del tamaño del Estado en las economías de la OCDE es de 34 % del PIB, que va del 47 % para Dinamarca al 16,5 % para México, lo que sugiere que la civilización política y el avance social requieren de un Estado grande. Colombia grava sólo el 14,5 % del PIB para alimentar su encabezado, que además tiene enormes problemas de corrupción, ausencia de burocracia educada e inefficiencia sistemática.

La organización también es ejemplo de tributación justa. Mientras en la OCDE el impuesto a la renta de las personas alcanza el 8,4 % del PIB, en Colombia es de sólo 1%; si

acá los impuestos a las empresas están en 6,5 % del PIB, en el promedio OCDE es de 2,8 %. La nuestra es una mezcla socialmente inequitativa y contraproducente para el desarrollo económico. Igualmente, acá son bajos los impuestos a la propiedad inmueble e inexistentes para las grandes propiedades rurales. En cada uno de sus países miembros, el catastro está actualizado y sirve para asegurar los derechos de propiedad de todos los ciudadanos, lo que permite profundizar los mercados de tierras y de arriendos, algo que no sucede por estos lares. También, en Colombia es desproporcionada la carga que recae sobre trabajadores y patrones para financiar las pensiones y las contribuciones a la salud, pues en la OCDE el Estado más fuerte sirve para asumir una parte importante de los costos de la seguridad social.

La OCDE sugiere respetar los derechos de propiedad en general y los de propiedad intelectual en particular, lo que incluye patentes sobre inventos y fármacos. En Colombia no hay lucha contra la piratería de películas, música y otras obras, que se deberá emprender hacia futuro. En casi todos los países miembros hay monopsonios estatales que logran abaratar los medicamentos utilizados en sus sistemas de salud, con la excepción de Estados Unidos.

Nieves



Si no cuidamos los ríos, vendrán las inundaciones o se acabarán las aguas.